

El comercio internacional castellano
a través del puerto de Laredo
en la época de Felipe II



Óscar Lucas Villanueva



Ediciones
Universidad
Cantabria

SUMARIO

ABREVIATURAS Y SIGLAS.....	11
PRÓLOGO.....	13
INTRODUCCIÓN.....	21
EL ESPACIO.....	33
LA VILLA DE LAREDO	33
EL CANTÁBRICO Y EL ESPACIO ATLÁNTICO.....	52
LOS PROTAGONISTAS.....	67
SIMÓN RUIZ.....	67
LOS RUIZ DE NANTES	78
LOS CORRESPONSALES DE LAREDO	80
Inés de Limpías y Juan de Bayona	83
Pedro de Bayona, Martín de Bayona y Diego de Quintana	89
La política matrimonial	93
La moralidad de los mercaderes.....	94
EL TRANSPORTE MARÍTIMO	97
LOS BARCOS Y EL TIPO DE NAVEGACIÓN	97
LA INSEGURIDAD DE LOS MARES	102
Los conflictos bélicos	102
La piratería	110
La piratería en Laredo.....	112
LA ORGANIZACIÓN DEL TRÁFICO MARÍTIMO	114
La carta de fletamento	125
Los conocimientos de embarque.....	127
Las averías.....	129

La financiación del tráfico marítimo	131
Los seguro marítimos.....	136
EL TRANSPORTE TERRESTRE	149
LAS CONDICIONES DEL TRANSPORTE POR VÍAS TERRESTRES	149
EL CORREO	170
EL COMERCIO	179
EL COMERCIO TEXTIL.....	179
Los cambios en la demanda.....	187
Las zonas de producción	189
Las formas de compra.....	192
La comercialización de las telas.....	200
LOS BENEFICIOS DEL COMERCIO TEXTIL.....	205
Las partidas de los gastos de transporte	208
Los diezmos	217
Algunos ejemplos	224
LAS OTRAS MERCANCÍAS.....	235
El cereal	235
La cera	249
El cobre.....	251
La sal	255
El pescado.....	260
Los cítricos	264
El hierro	266
El aceite	268
LAS FINANZAS	270
LAS CONCLUSIONES	279
BIBLIOGRAFÍA.....	285
ANEXOS.....	301
FUENTES MANUSCRITAS	301
Archivo Histórico Provincial Universitario de Valladolid.....	301
Archivo Histórico Provincial de Cantabria	302
Archivo Municipal de Santander.....	302
Archivo General de Simancas	303
FUENTES IMPRESAS.....	303

APÉNDICE DOCUMENTAL	304
Pesos y medidas	304
La moneda	305
Tipos de monedas	306
ÍNDICE DE FIGURAS, TABLAS Y MAPAS	309
FIGURAS.....	309
TABLAS	310
MAPAS Y PLANOS.....	311

PRÓLOGO

El comercio ha sido siempre objeto de atención preferente por parte de los historiadores. El dinamismo económico, la flexibilidad en las relaciones sociales, o el mestizaje de culturas son otros tantos elementos que se han vinculado a una actividad que por su propia naturaleza descansa en el contacto de gentes, de culturas y de bienes de diversa procedencia. De aquí la enorme variedad de temas y de problemas que se le plantean a todo aquel que pretenda investigarlo. El comercio presupone, en primer lugar, la construcción por el hombre de un espacio geográfico delimitado por una serie de puntos de intercambio tanto más numerosos cuanto mayor sea su volumen y más heterogéneo su contenido. El elegido por Óscar Lucas Villanueva se circunscribe al extremo nordatlántico, más específicamente cantábrico, de la Península Ibérica, área ésta dominada por la hegemonía de los puertos situados en su mitad oriental, singularmente por la villa de Bilbao, pero en el que también se enclavan otros menores, como los de Laredo o Santander, que, en el periodo de tiempo que estamos analizando, aún no habían cedido a aquélla toda su actividad. El autor analiza en su obra el comercio exterior, que en este caso se centra, en lo esencial, en la exportación de productos del interior castellano y en la importación de tejidos de lana o de lienzos procedentes de Bretaña o de los Países Bajos. Lo hace, además, circunscribiendo su estudio al reinado de Felipe II, periodo especialmente sensible para el porvenir de los tráficos estudiados habida cuenta de la acumulación de conflictos que se produjeron en su transcurso: la rebelión de los Países Bajos, la permanente rivalidad, cuando no abierta hostilidad, con Francia, o la guerra con Inglaterra.

Se trata, por tanto, de una investigación bien delimitada en el tiempo, en el espacio y en la temática abordada. La documentación manejada para realizarla descansa en lo fundamental en el estudio de las cartas intercambiadas entre Simón Ruíz, el célebre mercader de Medina del Campo, con sus factores en Laredo y demás puertos cantábricos, así como en otras plazas de dentro y fuera del reino que eran el destino o el origen de las mercancías

para las que aquellos servían de puntos de tránsito. El valor de la fuente es conocido desde antiguo, pero no fue sino a partir de mediados del siglo pasado cuando empezó a ser explotada de forma sistemática. Henry Lapeyre fue el primero en hacerlo en una obra dedicada al estudio del comercio con Francia que desde entonces se ha convertido en un clásico de la historiografía sobre estos temas. Siguiéron después los estudios de Vázquez de Prada y de Felipe Ruíz Martín, orientados esta vez al análisis de las relaciones comerciales mantenidas por Simón Ruíz con Lisboa y Florencia, respectivamente, o de Gentil da Silva, que se centró en las que el mercader castellano tuvo con Lisboa. Más recientemente, Lorenzo Sanz ha dedicado una monografía al estudio del comercio americano sobre la base de esa misma correspondencia. Por su parte, Jean Philippe Priotti la ha utilizado también para su trabajo sobre el comercio de Bilbao en el siglo xvi. El propio autor de este libro tuvo ocasión de iniciarse en el manejo de esta misma fuente en su memoria de licenciatura, que dedicó al estudio de las relaciones comerciales mantenidas entre los años 1563 y 1580 por Simón Ruiz con los Gómez d'Elvás, familia de comerciantes radicados en Lisboa.

Las posibilidades que ofrece el estudio de la correspondencia comercial han sido ponderadas entusiásticamente por todo aquél que ha tenido la curiosidad y la paciencia de manejarla. Se trata, sin embargo, de una documentación de contenido muy heterogéneo y, por ello mismo, de manejo difícil. Las cartas, y son unas 1.500 las manejadas en esta obra, incluyen infinidad de detalles sobre los más variados temas. La información propiamente comercial es, lógicamente, la más abundante, pero junto a ella, Simón Ruíz y sus corresponsales se intercambian observaciones de diverso tipo que nos permiten comprender mejor las circunstancias que rodeaban esos tráficós, las condiciones materiales en las que debían desenvolverse, las circunstancias políticas que los determinaban, incluso la misma personalidad de los que intervenían en ellos. La información que proporciona es abigarrada, a veces inconexa y con frecuencia subjetiva, pero, por ello mismo, resulta también enormemente rica y cercana a los hechos sobre los que documenta. No es el menor mérito de este libro que su autor haya sido capaz de buscar el hilo conductor entre temas tan diversos para construir un relato coherente sobre una realidad tan variada y cambiante como fue la del comercio laredano en la segunda mitad del siglo xvi.

La villa de Laredo es el primer protagonista de esta historia. Definir su papel exigía, en primer lugar, ubicarla en un espacio en el que competía con otros puertos y valorar después las posibilidades que unos y otros ofrecían

para el control de los tráficos que transitaban por ellos. La correspondencia de Simón Ruíz no proporciona demasiada información sobre los puertos gallegos. Nuestro mercader parece haberse mostrado más interesado en actuar como intermediario financiero de las villas enclavadas en ese territorio con las ferias del interior castellano o con otras plazas extranjeras, como Roma y Lyon, que en intervenir en la comercialización hacia el exterior de los productos comarcanos. Tampoco Asturias ha dejado demasiada huella en la documentación consultada. Es, por tanto, en la mitad oriental del reborde cantábrico donde se concentran los puertos más activos. Definir el mayor o menor peso que unos y otros tuvieron en su desarrollo obliga a tener en cuenta factores tan diversos como el estado de las infraestructuras portuarias, la mayor o menor accesibilidad al interior castellano o las relaciones con el todopoderoso Consulado de Burgos, motor financiero de los tráficos más importantes. La hegemonía de Bilbao en este espacio se hará sentir pronto. Con todo, Santander, para el comercio de exportación de lanas, o Laredo, para el de importación de tejidos, fueron capaces de mantener una actividad comercial que, no obstante, se irá mermando con el paso del tiempo a medida que la guerra y las catástrofes demográficas iban minando la población de ambas villas y el nivel de sus actividades.

Los colaboradores con los que Simón Ruíz contaba en Laredo cobran también una singular importancia en esta investigación. Algunos eran vecinos de la villa; otros residían ocasionalmente en ella o eran mercaderes de origen montañés afincados en Nantes o en otras plazas. Entre los primeros destaca Juan de Peñalosa, Juan de Cachopín o Andrés de la Maza, que llegó a ser cónsul de la *nación* castellana en Brujas. Caso significativo es también el de Inés de Limpias, cuya activa intervención en el comercio laredano por iniciativa propia, o como comisionista de Simón Ruíz, contradice el prejuicio todavía tan hondamente arraigado en torno a la absoluta pasividad de la mujer en las sociedades del Antiguo Régimen. Todos ellos formaban parte de la oligarquía de la villa. Inés de Limpias, por ejemplo, era viuda del también mercader Juan de Bayona Sarabia, arrendador de rentas y regidor de Laredo, y tía de Juan de Bayona Marañón, asimismo mercader y regidor de la villa. La correspondencia manejada permite al autor trazar breves semblanzas de estos personajes, lo que nos da alguna información acerca de las fortunas de las que pudieron disfrutar, de sus relaciones familiares o de sus actividades. Todo parece indicar que los mercaderes de Laredo formaban una oligarquía bastante cerrada y que alguno de sus miembros pudo llegar a disfrutar de una posición desahogada. Simón Ruíz, por ejemplo, resultó fiador de la dote de una hija del mercader Francisco Ramírez, que casó con